

nunca de suscitar el entusiasmo del intelectual español. Entusiasmo que encontró poco eco en los trabajos otrora existentes sobre este tema, cuyo interés europeo no podía pasar inadvertido en ninguna parte del continente.

El profesor Miguel de Ferdinandy, distinguido catedrático de la Universidad de Puerto Rico, definió en una sola frase el enfoque principal de su obra: *un pueblo entre Oriente y Occidente*. Estos dos hemisferios constituyen aquí más bien dos áreas espirituales que dos regiones geográficas. Para la España morisca, Oriente ya se manifestó en las zonas del Poniente; así como en el Reino de Jerusalén, Occidente también penetró en las tierras de Levante. Hungría, colocada en el corazón mismo del continente, en la encrucijada de los grandes caminos terrestres y fluviales transeuropeos, sufrió y se glorificó, a su vez, de las hazañas de estos dos mundos entrechocantes. Demasiado arraigada al Oriente, de donde arrancan los orígenes del pueblo húngaro, supo resistir a la atracción absorbente del Oeste que, sin embargo, le compenetró suficientemente para que los orientales consideren a este pueblo, hermanos de antaño, como un centinela avanzado del mundo occidental. Destino heroico, dramático en sus momentos supremos, que permitió a Ferdinandy definir así a su patria de origen: *queda como un vigilante en la noche cerrada: está solo*.

Esta soledad envuelve con su velo trágico, invisible, los siglos de la húngaridad, hasta en sus apogeos medievales o de los «heroísmos inútiles»: empresas a las que se lanzó este pueblo sin una sola esperanza de éxito, empresas condenadas al fracaso desde su principio, pero aceptadas como tales, con orgullo y con un idealismo algo suicida.

El nutrido trabajo de Ferdinandy hace resaltar muy bien este dualismo del alma húngara, valorando así con un acercamiento más comprensible los episodios a veces complejos o contradictorios de la historia húngara, cuyo espíritu se define en una frase clave: *el pueblo húngaro es, en cuanto a sus orígenes, una ramificación occidental de un mundo diferente, del norte de Asia... Es verdad que en el año mil se incorporó al Occidente cristiano... Pero tampoco se rindieron al Oeste. No quieren ligarse ni subordinarse a nadie...*

Al definir así a su pueblo, Ferdinandy se lanza en la narración del destino de Hungría y de los húngaros. Su primer rey, San Esteban, contemporáneo de Sancho el Mayor, unificó en un Estado cristiano las tribus nómadas. La desintegración ibérica no se repitió, en este caso, a la desaparición del fundador. Hungría se constituirá en una comarca sólida del Oriente europeo, y hasta las inmigraciones serán absorbidas en el sistema así establecido. El lema estatal de la Hungría medieval se refiere precisamente a esta pluralidad concienzudamente

coordinada sobre el plan político: *débil y frágil es un país de idioma y costumbres iguales*. Magnífico credo de la libertad individual y de todo sistema federal, anterior a las mismas nociones.

Este liberalismo político se dobló con un fuerte poder central de los reyes. La Hungría del medievo y del Renacimiento desconoció el sistema feudal en su concepto occidental. Cada uno de los nobles, el más poderoso y el hidalgo desafortunado, eran iguales ante el poder representado por el rey coronado a quien cada súbdito estaba unido por un lazo directo e inmediato.

Esta armadura sólida y homogénea ayudó a Hungría a sobrevivir en su gran prueba del medioevo: a la lucha contra dos imperios igualmente ambiciosos para absorberla. Contra el germánico en el Oeste y el bizantino en el Este. Un episodio trágico se interpuso al desarrollo de este destino histórico: la invasión exterminadora de los tártaros. El ataque vino de la cuna oriental de esta nación, que entonces, en 1241-1242, se mostró bien occidental, disolviendo en su suelo esta invasión dirigida contra toda Europa. Su heroísmo valió a los húngaros el epíteto de *propugnaculum ac antemurale Cristianitatis*, pero una vez más quedaron solos para defender todo el continente. Como quedarán solos, siglos más tarde, en la lucha contra el gran Solimán, emperador de los turcos, que gracias a la resistencia húngara deberá retroceder ante Viena, en 1532, sin poder penetrar las entrañas vitales de Europa. Ferdinandy cree, con cierta razón, que la constante disolución de los ataques orientales en suelo húngaro no es una mera coincidencia, sino una fatalidad histórica.

Al sufrir esta nueva prueba de la expansión otomana, Hungría se dividió en dos entidades estatales. Esta tensión entre dos fronteras constituyó, durante casi dos siglos, el episodio tal vez más patético de la historia húngara. Al Oeste, la Hungría llamada «la Real» se ligó con el poder de los Habsburgos para expulsar con su ayuda al invasor turco. Por su parte, la porción del Este del país se organizó en un principado independiente: la Transilvania. Será el refugio del genio nacional húngaro, que tratará de escapar tanto a la empresa germanizadora de los Habsburgos como al dominio del sultán. Por tanto, la Transilvania adoptó rápidamente la Reforma, queriendo también subrayar por la diferencia de las confesiones su inconformismo político. A pesar de estas divisiones trágicas, se conservaron en ambas porciones, y hasta en la zona de ocupación turca, la nostalgia y la ambición de la unión nacional de otros tiempos.

Pero esta *restitutio Regni*, tanta veces intentada al superarse el peligro turco, fracasará cada vez debido a la desconfianza de los Habsburgos, que temen la resurrección de una Hungría fuerte y unida

dentro de los límites de sus sistema multinacional y polivalente instituido en Europa central. Por falta de la resurrección tan anhelada, los húngaros se lanzan entonces a las insurrecciones. Fracasarán todas por faltarles la solidaridad de aquella Europa que las mira, admira y aplaude, conmoviéndose sin moverse. Los húngaros de los Tököly, Rákóczi y Kossuth quedarán solos, en el fracaso fatal de su gloria suicida.

En medio de tales hazañas llega a formarse la actitud humana de la húngaridad: este romanticismo profundo, que nació de una tensión permanente entre las realidades vividas y anheladas, tensión que en este caso particular se transformó en una vivienda básica. Constituye ésta la imagen de un mundo ideal forjado de los resplandores nostálgicos del pasado, al punto que los húngaros, casi hasta hoy en día, viven con el rostro vuelto hacia atrás.

Después de tales consideraciones fundamentales de la psicosis de toda una nación, Ferdinandy nos guía hasta la época contemporánea, cuyas aparentes contradicciones políticas y sociales pasarán, siguiendo su análisis, por ser el producto lógico de la evolución más natural. Mediante tres apéndices, el panorama histórico se extiende tras el precario período de «entre-dos-guerras», y la participación húngara en la Segunda Guerra Mundial, hasta la actualidad contemporánea. La gran aventura con vistas a recuperar sus fronteras históricas, perdidas en 1920, condujo a los húngaros a otro acto de romanticismo superrealista, que se soldó con el destino inexorable del dominio comunista, en 1945. La crónica de este régimen tan ajeno al ser húngaro queda expuesta en el último apéndice, terminándose con la nota petética de la insurrección sofocada en 1956. El Este, una vez más, irrumpió en Hungría, que de nuevo se mostró solidaria con Occidente, sin que su alzamiento romántico encontrara la ayuda esperada, cumpliendo un destino ya casi tradicional, que a veces se confunde con los errores políticos y humanos de los dirigentes de este bajo mundo...

Expuestas todas estas hazañas—y después de tantas otras más, cuya mención detallada excedería el margen y los propósitos de una reseña—, Ferdinandy prosigue la «radiografía del alma húngara». No nos narra solamente la historia de un pueblo y de un país: define con rasgos enérgicos, encerrando diagnósticos muy matizados, los móviles humanos, el mecanismo de las actitudes psicológicas, el porqué de los comportamientos que distinguen a los húngaros de todos sus vecinos. Donde parece necesario, Ferdinandy recurre a paralelos literarios o culturales con el fin de retratar mejor tal o cual hecho histórico. Sus ejemplos y sus análisis no los escoge al azar: siendo un perito

de la Hispanidad por haber pasado años en España y en tierras de ultramar de cultura hispánica—en Argentina, Costa Rica, Puerto Rico—, sabe cómo acercar al lector de idioma castellano a estos hechos extraños, complicados, hasta de apariencia contradictoria, con que se tejió la historia milenaria de Hungría. Nos parece lógico indicar que en empresa tan difícil logró un éxito completo.

Ya aludimos a los paralelismos existentes entre esta historia y la de la península ibérica, donde tanto se luchó también contra el invasor por la unidad nacional y la independencia. Nació de este conjunto una selección humana impregnada de un inconformismo altamente individualista, que tanto caracteriza la Hispanidad como las páginas de la *Historia de Hungría*. A la lectura de la obra de Ferdinandy, las afinidades que existen entre los mundos húngaro e hispánico reciben un nuevo relieve y—si necesario fuera—una explicación psicológica, moral e intelectual, caracterizando una actitud, cuyo máximo valor consiste en su propia existencia. Queda ahora reforzado para el público de habla castellana con el profundo y sabio trabajo de Miguel de Ferdinandy, cuyad ifusión debé su éxito a la acción de la *Alianza Editorial*.—SZABOLCS DE VAJAY.

GIORGIO BASSANI: *Historias de Ferrara*. Editorial Seix Barral, S. A. Colección Biblioteca Breve, núm. 246. Barcelona, 1967; 323 pp.

En unas recientes declaraciones, el novelista peruano Mario Vargas Llosa ha afirmado que no es extraño que hoy el lector europeo se vuelva hacia la literatura latinoamericana (como dicen ellos), ya que en la propia Europa sólo se le ofrece la alternativa de un Bassani, por ejemplo. Generalmente inteligente y con sentido común, creo que en esta ocasión el autor de *La Ciudad y los perros* erró en el juicio. Y lo hizo seguramente porque, pese a sus largos años de residencia en Europa, aún no ha logrado «penetrar» en cuanto hay de característico y peculiar en ella, por lo que a la conformación del mundo cultural y social se refiere.

Es, pues, a esta conformación que responde la breve, pero intensa obra, narrativa de Giorgio Bassani. Hace más de tres años, ocupándome en estas mismas páginas de *El jardín de los Finzi-Contini*, decía que en el novelista de Ferrara los símbolos juegan un papel tan diáfano que casi no pueden considerarse tales. De este modo, *El jardín...* que rodea el palacio de los Finzi-Contini representa el sueño

de grandeza de una clase condenada por un destino casi biológico a la destrucción. Naturalmente que no pueden producirse paralelos temáticos con la literatura hispanoamericana (como decimos nosotros). Y aunque sí que podrían hallarse estéticos, no es fácil tampoco que esto ocurra, al producirse el anterior divorcio. En cualquier caso, me parece claro que la temática que aborda Bassani en su narrativa se halla tan cerca de nosotros como lo pueda estar la del peruano o cualquier otro destacado miembro de la nueva narrativa de aquel continente, aunque sus módulos lingüísticos sean, aparentemente, mucho más tradicionales. Y digo aparentemente porque toda renovación, o revolución, arranca siempre de algo más profundo que lo puramente formal. Y Bassani se enfrenta con una nueva concepción de la temática narrativa, que, tomando como base la experiencia «neorrealista», tan fecunda, de su país, apunta hacia una evolución clarísima de la misma, en la que cuanto aquella tenía de sentimentaloides, se transforma en verdadero sentimiento, amén de una perspectiva histórica que el «neorrealismo», confundido por la misma dramática naturaleza de los acontecimientos en que se hallaba inmerso, no acertó a dar.

Tanto *El Jardín...* como estas *Historias de Ferrara*, transcurren, en casi su totalidad, durante los días anteriores o posteriores a la Segunda Guerra Mundial (o en los propios días en que ésta se desarrollaba), que tan hondamente afectó a la nación italiana. La honda huella que estos hechos debieron dejar en nuestro autor ha sido decisiva para el desarrollo temático de su narrativa. Como ya apuntábamos en nuestro comentario anteriormente citado, Bassani no se deja arrastrar nunca por los elementos de juicio que se le alcanzan. Para él, lo importante es manejar estos elementos, y no viceversa, extrayendo de ellos, cualquiera que sea su naturaleza, más una lección moral que unos presupuestos ideológicos determinados. En esto, Bassani se halla bastante cerca de otros novelistas, de la que llamaremos, seguramente con impropiedad, la «nueva promoción» de la narrativa del «mundo occidental». (El inglés Kingsley Amis, el alemán Heinrich Böll, el judío norteamericano Bernard Malamud, etc.) Forman esta promoción los escritores que vivieron, desde sus particulares circunstancias nacionales, los trágicos días de la guerra, cuando eran casi adolescentes aún. Quizá por ello, esta generación de «moralistas», cuyas temáticas y los tratamientos correspondientes tan distintos pueden parecer entre sí, se hallan unidos por un nexo indudable: su intención de dotar al mundo de un sentido moral mediante el cual sea posible «reemplazar» al que quedó destruido en aquellos años, y restañar, ya que no cerrar, a la vez las heridas que quedaron abiertas,